

N.º 7 diciembre 2017

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ESTUDIOS

Melissa Lecointre
EL DISCURSO AMOROSO
DE EUGENIO DE NORA EN LA
POESÍA DE POSGUERRA:
«AMOR PROMETIDO» (1946)

POESÍA

Natasha Trethewey
POEMAS INÉDITOS

ENTREVISTA

Ignacio Ballester Pardo
ENTREVISTA CON
VICENTE QUIRARTE

[ENTREVISTA]



Vicente Quirante

©ENTREVISTA
CON VICENTE QUIRARTE

—
©INTERVIEW WITH VICENTE QUIRARTE
—

Ignacio Ballester Pardo
Universidad de Alicante
ignacio.ballester@ua.es

Vicente Quirarte (Ciudad de México, 1954) es autor de decenas de ensayos, prosas, obras de teatro, novelas y, ante todo, poeta. Miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua y de El Colegio Nacional, donde acaba de publicar su antología *El tiempo y sus mastines*, representa un caso particular de los vínculos que existen entre la poesía y la academia. Con motivo de la tesis doctoral que dirige Carmen Alemany Bay, Vicente Quirarte nos concedió una entrevista que recogemos a continuación.

Le preguntamos por Ramón López Velarde (de quien constantemente dice que es el mejor de México) y por el omnipresente (y a veces inconveniente) Octavio Paz: «el caso de López Velarde, como dijo Villaurrutia, es el poeta que ha apostado por las zonas más ocultas de la psique: el deseo, la religión, el estremecimiento de la dualidad entre lo consumado y lo deseado. López Velarde es un poeta que es para siempre, permanente, es un poeta que toda la vida nos está diciendo mensajes nuevos, de provincia, como en su época se le vio. Y precisamente Octavio Paz escribió uno de los

Fecha de recepción: 03/11/2017 Fecha de aceptación: 09/12/2017

primeros ensayos reveladores sobre la poesía de López Velarde ya en nuestro tiempo, de los años sesenta, setenta... para acá, cuando escribió «El camino de la pasión», este ensayo donde habla de López Velarde, de Darío, de Cernuda, de Pessoa... como poetas de nuestra modernidad. Y me parece muy importante que un poeta tan notable y un crítico y un lector de poesía tan agudo como Octavio Paz nos traiga al presente a un autor como López Velarde y nos diga: esto es lo que está sucediendo en el mundo, este es el poeta para el futuro».

La relación de los referentes poéticos de Quirarte con los elementos naturales sostiene su cosmovisión poética, de la misma manera que Octavio Paz prologaba la canónica antología *Poesía en movimiento* (1966). El maestro de Quirarte, Bonifaz Nuño, se identificaría con el fuego, ¿con qué elemento conecta el autor de *El peatón es asunto de la lluvia?* «Pues yo creo que más con el agua. Si me pongo a pensar en lo que he escrito, pues tal vez sí, el agua sería un elemento constante. Soy signo Cáncer de nacimiento y pertenezco al signo de agua también, al signo lunar... Pero sí, el agua es un elemento constante en lo que vivo y en lo que escribo. Y además, para un temperamento melancólico como el mío, pues es el que lo combate, el movimiento a través del agua, del océano... Y por eso también, tal vez, esta cercanía con Owen; por supuesto, con *Sindbad el varado*; y con Cernuda, porque, curiosamente ahora en su centenario, se han encontrado muchísimas fotografías donde aparece su cercanía con el mar de Málaga, con el mar de Acapulco, que amaba Acapulco, era un gran nadador, y eso aparece en muchísimas fotografías donde podemos ver a un Cernuda absolutamente optimista, totalmente lejano a la idea misantrópica que tenemos de él».

Siguiendo con el cofrade de Los Calaca, Bonifaz Nuño, Quirarte lamenta haberle cargado con la responsabilidad de recordarlo cada día: «fue un maestro en todas las cosas de la vida, no solo en la poesía, sino en el diario combate. Era un hombre con una gran sabiduría, y una gran generosidad, y un gran sentido del humor. Sobre todo él insistía en que nunca había que tomarse las cosas tan en serio. Él decía que la poesía era la forma suprema de ser libre: porque cuando uno escribe poesía, nadie se la obliga, nadie se la impone...

Nadie le dice que tiene que escribir poesía. Por eso la poesía es la más libre de las ocupaciones. Libre, aparentemente: en un poeta tan riguroso como él; pero, también sé, con el paso del tiempo, que esa libertad él la obtuvo después de muchos años de trabajo y disciplina. Y yo creo que esa es la gran lección de Rubén Bonifaz, en el hecho de que la libertad, como decía André Gide, «es una sucesión de cárceles»; y solamente con una domesticación de las pasiones puede llegar a conocerse auténticamente la pasión».

Otro de los libros de Bonifaz es *Albur de amor* (1987). Le preguntamos entonces a Quirarte por la «poesía amorosa». Normalmente la crítica lo ubica con esta etiqueta. Le hablamos de una de las conclusiones tras la lectura de su obra: el amor como pretexto de lo social; a lo que el poeta responde mediante la pregunta: «¿eso es en verdad un elemento de lo social?». Y continúa: «No proyecto que sea el origen de una comunicación con la colectividad. En principio, supongo que los poemas amorosos nacen como una necesidad de transmitirle a alguien, en específico a ese tú, la necesidad que tiene el yo de expresarse; pero finalmente hay una serie de lectores que lo recuperan... Yo recuerdo algo (para mí una de las satisfacciones mayores): cuando mi amigo colombiano, Eduardo García Aguilar, en Bogotá, me dijo que en alguna ocasión se fue con una mujer mala, que son las buenas, y que tenía clavado con una tachuela en la pared un poema mío llamado «Preludio para desnudar a una mujer». Eso para mí fue algo espléndido. Uno escribe sin pensar en que eso pueda tener un impacto social. Yo no sé, nunca lo pienso. Se lo menciono porque eso para mí ha sido una satisfacción enorme. Y, pues si eso sucede, qué maravilla, pero uno no está pensando nunca en eso». Así dice el poema «Preludio para desnudar a una mujer», incluido en su poesía completa *Razones del samurai* (2000):

Que esté, de preferencia, muy vestida. Por eso
 es importante que las medias sigan cada contorno
 de sus muslos: que disfruten
 la pericia, el estilo del tornero que
 supo darles curva de manzana,
 maduración del fruto al punto de caída.

Goza de la tela perfumada encima de los jabones y los ríos. Acaríciala encima: su vestido es la piel que ha elegido para darte.
Primero las caderas: es la estación donde mejor preparas el viaje y sus sorpresas. Cierra los ojos. Ya has pasado el estrecho peligroso que los manuales llaman la cintura y tus manos se cierran en los pechos: cómo saben mirar, las ciegas sabias, el encaje barroco de la cárcel que apenas aprisiona dos venados encendidos al ritmo de la sangre. Si los broches y el tiempo lo permiten, anula esa defensa: mientras miras sus ojos deslízale el sostén. Y si protesta es tiempo de estrecharla. Acércala a tu boca y en su oído dile de las palabras que son mutuas. En un ritmo creciente, pero lento, trabaja con los cierres, las hebillas, los bastiones postreros de la plaza. Aléjate y admírala: es un fruto que pronto será parte de tu cuerpo y tu sed de morderla es tan urgente como la del fruto que anhela ser comido. Has esperado mucho y tienes derecho a la violencia. Deja que la batalla continúe y que el amor condene a quien claudique (385-386).

Otra de las maravillas de la poesía, es decir, otra de las experiencias inimaginables o fuera de lo común, le ocurrió a Quirarte en Colombia. Cuando llegó para dar una charla, el periódico daba la bienvenida a Aníbal Egea, *alter ego* del poeta mexicano. Hasta qué punto un personaje ficticio puede suplantar al real. Si preguntas a alguien de Colombia sobre Aníbal Egea es posible que lo conozcan y aplaudan su poesía. Pues bien, queríamos saber quién es este escritor colombiano, esta máscara de Quirarte: «Aníbal Egea nació por 1986... Y es un cruce su nombre entre Aníbal González y Esteban Egea. Aníbal González es un investigador de Nuevo México. Y Esteban Egea, colombiano, profesor también de la Universidad de Dallas. Entonces, se cruzaron esos nombres; me gustaron, y nació Aníbal Egea. Yo empecé a escribir una serie de

textos que sentía que no eran míos, sino que eran nacidos de otra voz. Finalmente la voz del poeta siempre es diferente.

Pero también me di cuenta —como seguramente le ha pasado a otros poetas que usted mencionaba: a Pessoa, a Pacheco, Francisco Hernández...— que esa voz dice cosas que uno no está pensando o que no está reprimido por un súper yo, sino que ellos hacen lo que quieren. Esa es la maravilla de crear un personaje. Porque el personaje llega a tener más vida que uno. Cuando me preguntan: ¿existió Aníbal Egea? Entonces yo digo, seguramente sí. Ya existe, ya tiene más personalidad que su creador».

El tema que más nos inquieta es la dimensión social en la poesía mexicana contemporánea. La crítica destaca la falta de compromiso que paradójicamente tiene lugar tras la matanza del 2 de octubre de 1968, hace cincuenta años: «yo creo que mi generación estaba muy joven cuando ocurrió el movimiento del 68; pero le tocó vivirlo. Tuvo que asimilar la lección dolorosa del 68, del sueño de la utopía, del fracaso de la utopía. Fracaso relativo, porque finalmente cuando se sueña nada evita que eso persista. Yo creo que lo que sucede ahora en este nuevo siglo es que hay una tendencia a una poesía mucho más comprometida consigo misma. Hay una preocupación por el lenguaje, por transformar la literatura desde el lenguaje mismo. No desde la realidad, chata, irreal... No quiero decir que haya un escapismo. Al contrario. Pero hay una necesidad de que el lenguaje se convierta en un protagonista del cambio, y que no sea solo una actitud romántica. Creo que mi generación se caracterizó por eso, por ser una generación absolutamente romántica, se opuso al sistema ante la posibilidad de cambio y, en contraste, la generación actual está buscando esta transformación a través del lenguaje mismo; lo cual me parece una maravilla, porque no hay un enfrentamiento estéril, sino una búsqueda constante; que supongo que dará frutos permanentes a lo largo del tiempo como los está dando ahora». ¿Cuál es la situación de la poesía mexicana?: «cuando hay algún encuentro de poesía en el mundo, la poesía mexicana, en general, brilla por su presencia, por su valentía, por su arrojo; no solamente a nivel emotivo, sino también a nivel verbal,

a nivel instrumental. Creo que la poesía mexicana es una de las más vivas y actuales de las que se publican en español».

La ciudad de México es un tema habitual en su obra. Actualiza el *flâneur* de Charles Baudelaire o Walter Benjamin en el amor-odio de la ciudad que también poetizaron Efraín Huerta o José Emilio Pacheco: «mi acercamiento a la Ciudad de México es de un optimismo irresponsable. O sea, yo tengo un optimismo atroz por esta ciudad. Yo amo esta ciudad, le tengo mucha fe. A pesar de sus conflictos, de sus aglomeraciones automovilísticas..., la gente se comporta, aguanta... O sea, ahí veo en la gente que tiene que utilizar dos horas en ir a su trabajo, regresar..., en esta supervivencia y en este manifiesto de amor a la ciudad, un manifiesto de esperanza. Yo pienso que la ciudad va a sobrevivir. Y la ciudad para mí ha sido un escenario nutricional, porque nací en el centro de la ciudad. Ahora vivo en el sur y trato de tener esa sana costumbre de, al menos una vez al mes, tomar el transporte público e ir al centro y sentir la palpitación de la ciudad; no olvidar que la ciudad es de todos, que no es nada más un espacio privilegiado, sino que es una ciudad hecha de muchas ciudades, en las cuales uno ya no pertenece, pero hay que buscar la identidad».

La relevancia que tiene la «mancha urbana» en Quirarte se debe en buena medida a su padre, quien le llevaba a conocer ese «escenario natural de la Historia». Para el poeta, Martín Quirarte es trascendental en la manera de vivir y de crear: «Yo creo que hay una dualidad: por una parte es el padre que me llevaba a conocer el centro de la ciudad, que me llevaba a sus clases en el Colegio de San Ildefonso, en la escuela nocturna...; pero también está el historiador que me llevó de la mano en sus libros, que me lleva, a entender lo que es la realidad de México. Hoy justamente por la mañana estaba preparando la ponencia para El Colegio de México, releendo un texto suyo que se llama «La iniciación épica de Villa», donde habla de cómo empezó Francisco Villa su carrera de guerrillero, y me pareció realmente notable la manera en que él lograba unir toda esta cosmovisión del guerrillero que entra en la Revolución y se convierte en un prócer; un hombre anónimo, perseguido por la justicia, por lo pronto se convierte en un

héroe. Creo que mi visión de la ciudad es absolutamente personal a partir de recuerdos. Cuando leo los textos de mi padre, me doy cuenta de que la historia está allí y de que es una huella que no podemos negar: está permanentemente como testigo, como protagonista, para dialogar ante lo que tenemos que decir todos los días».

He aquí la vigencia de la tradición y la necesidad de renovarla. Vicente aprendió de Martín la sintaxis precisa, la expresión justa y, obviamente, la perspectiva histórica. «*Sa Majesté L'Histoire*» tiene un peso cada vez mayor en su obra. «La novela que acabo de publicar, *La isla tiene forma de ballena*, parte de la Historia; concretamente del libro *Republicanos en otro imperio*, un ensayo sobre los mexicanos que viven en Nueva York, pero me quedó tanto material en el tintero que dije: esto es digno de una novela. Y por eso ahí está. Y al final de la novela hice un agradecimiento: «esta novela no podría haber sido posible sin los libros del maestro Quirarte», que me acompañaron constantemente, como la tropa disminuida, ajada y orgullosa que acompañó la peregrinación al presidente Juárez. Sí, definitivamente mi padre siempre está conmigo. Me llama la atención qué hubiera pensado de esta novela, porque él rechazaba la imaginación. No soportaba... Él creía en el dato duro. Y, sin embargo, también era un historiador que se conmovía ante los hechos heroicos. Y esta novela es un homenaje a todas esas lecciones y a todas esas pláticas que él tenía conmigo sobre la historia de México y sobre todo este carácter que usted mencionó hace un momento: la *Visión panorámica de la historia de México*... Creo que hay que hacer estudios de conjunto que ayuden a entender como un panorama los grandes paisajes».

Su obra es ejemplo de esta panorámica. Uno de los textos de Quirarte que presentan dichas disquisiciones vitales y literarias es *Enseres para sobrevivir en la ciudad*. Este libro está dedicado a sus hermanos y a Manchitas: «Manchitas era nuestro perro. Yo creo que todos los niños de nuestra generación tenemos una foto de *Los olvidados*, o sea: parecemos olvidados de Luis Buñuel; es una foto espantosa donde estamos ahí todos descuajeringados..., y todos hemos tenido en nuestra vida, en nuestra niñez, un perro llamado Manchitas, era un Dálmata que, cuando llegó a la casa, le quisi-

mos poner un nombre: pensamos en quinientos, todos exóticos, y finalmente se quedó como Manchitas. Era la raza más elemental del mundo. Y ahí está, ahí se quedó, creció con nosotros, silvestre, maleducada..., como nosotros. Fue el primer perro, o perrita, de la que realmente tenemos memoria. Y mis hermanos definitivamente sí fueron los compañeros al experimentar la ciudad. Con mis hermanos sobre todo recorríamos el centro de la urbe, la descubríamos, ya diariamente hacíamos caminatas cotidianas... y era una ciudad extraordinaria, una ciudad llena de sorpresas».

Su obra sigue una estructura tripartita que permea de los *rites de passage* de Arnold van Gennep. Veamos qué hay de separación, iniciación y retorno en su poesía y en la poesía: «siempre están constantes, porque creo en esa necesidad. Y en general, en cualquier aventura que uno intenta, ya sea vital o literaria, hay que separarse de la realidad, meterse en lo profundo y regresar. Porque de otra manera no se da este enfrentamiento con lo otro y esta salida a respirar de nuevo. Así está presente tanto en una relación amorosa como en cualquier texto literario. Pienso en los textos que escribía sobre Luis Cernuda: también era sumergirse en ese océano de posibilidades o imposibilidades y finalmente naufragar con él y regresar. Creo mucho en la figura del naufragio, nos lleva a entender que somos tan frágiles..., pero también tan cobardes, que necesitamos naufragar para entender lo que es nuestra grandeza en nuestra pequeñez. Generalmente, si logramos sobrevivir, y salvarnos, nos damos cuenta de la importancia que ha tenido esa sacudida. Entonces, definitivamente, el naufragio es esencial en cualquier aventura que intentemos».

Quirarte navega en la poesía mexicana, pero también en la francesa, la inglesa o la española, naufraga y recupera los tesoros de aquellos barcos hundidos largo tiempo ha, sacando a flote unas formas y unos objetos que conviven con el presente. Es común la reflexión sobre la poesía desde la poesía, renovando así una tradición metapoética que viene acompañando al género desde sus orígenes. En su caso, y en el de sus contemporáneos, el arte poético sigue vigente y es necesaria: «siempre hay que tener un arte poética presente. Hace poco escribí un poema sobre lo que es llenar de tinta la pluma... Yo

sigo escribiendo con pluma fuente... No por un afán de pedantería, que también lo hay, sino porque a los ocho años descubrí la pluma fuente y dije: «esto es con lo que yo quiero vivir». Para mí, cargar la pluma fuente es como una transfusión de sangre, como empezar la aventura otra vez...; y creo que esa sería la poética que sigo practicando. Sí. Siempre tratamos que la página que escribamos mañana sea menos mala que la que intentamos en el día de hoy. Yo creo que esa es la poética: tratar de que sobreviva al día de mañana, y de que el día de mañana sea superior a lo que estamos viviendo en este momento». Así comienza la tinta que inyecta el blanco de su poema «Francisco Sarabia piensa en Antonio di Filippo antes de que *El Conquistador del Cielo* caiga en las aguas del río Potomac»:

Partitura en el agua,
aire para la escritura de los pájaros, un concilio de truenos reverbera en el cruce de caminos. Esta hoja en blanco, a la espera del golpe de la tinta, anhela una incisión, el signo que rescate tu mirada de manos del olvido. (La voz de la matraca tiene la vida eterna en ese nombre).
[...] (479)

Parafraseando su obra, estamos ante el *potro de tortura en el que nadie sabe si la palabra o el poeta es el verdugo, el tiempo que deja la tinta fresca para que se seque y reflexionar sobre la palabra siguiente*. Si recogemos su arte poética (tal como hicimos en el libro que coordinó en 2015 nuestra maestra, Carmen Alemany), lo ubicamos entre el cielo y la tierra: poeta urbano, como decimos. Y respecto a este simbolismo que tanto advertimos al leerlo: ¿vincula el cielo con la figura paterna y la tierra con la materna? «Sí, claro que sí. En la obra de García Márquez, Aureliano Buendía está intentando hacer pececitos de oro y la mujer tiene los pies bien firmes en la tierra... Sí, creo que la mujer es de tierra y la energía masculina es celestial, siempre está en las nubes...; siempre tiene en la cabeza pájaros..., como decían en *La Regenta*; y..., sí, creo que hay un principio masculino que sueña y la mujer siempre tiene los pies en la tierra. No obstante, como dice Enrique González Rojo, «Penélope no se queda en casa»».

«Penélope no se queda en casa» es el título de uno de sus textos que actualizan la odisea griega. En *El peatón es asunto de la lluvia* muestra esa conexión celesteterrestre..., así como la importancia del caminante. El poeta es asunto de la lluvia. Es decir, el poeta es un peatón más en esa urbe que es urbe de la que mamamos como sociedad. «Me da mucho gusto ver que ahora, en este tiempo, en este siglo XXI, muchos poetas jóvenes están recuperando la idea de la ciudad, y de ejercerla a pie. Precisamente el libro de poemas de Luigi Amara lleva por título *A pie*, y es un recorrido por la Ciudad de México, ejerciéndola desde la huella peatonal. Ramón Carrillo tiene un texto llamado «El peatonauta» donde habla del peatón, peatonauta... No es el *flâneur*, no va gozando la ciudad, sino que es el peatón ejerciendo la urbe desde la defensa que hace de su persona hasta el auxilio de los instrumentos electrónicos que lo llevan por ella, el GPS, el teléfono celular...; o sea, todo..., el teléfono inteligente, todo eso son elementos que antes no existían para desplazarse por la ciudad. Entonces no es el *flâneur*, es el peatonauta».

Estamos ante un profesor, narrador, poeta... En *Los días del maestro* (del año 2008) Quirarte afirma que «ser escritor es construir un mundo del cual se duda a cada instante, ser profesor es construirse en la conciencia de los otros» (96). Veamos con qué elementos se logra tal construcción: «Cuando tengo que escribir «ocupación...», siempre escribo profesor. Nunca se me ocurre poner escritor». [Recordamos entonces la anécdota que vivió su padre en el aeropuerto: le ponían problemas para pasar, haciéndole un cuestionario; y, al decir que era profesor, enseguida le admitieron y le agradecieron su labor.] El profesor siempre tiene mucho más prestigio que un escritor ante la sociedad. Bueno..., aunque es relativo; el profesor tampoco tiene mucho prestigio en este mundo canalla. Para mí, la figura de escritor es muy respetable: es alguien que se entrega de nueve a cinco, como banquero, con un horario definido y que puede escribir todo el día. No me considero un escritor profesional. Yo siempre me considero un profesor que escribe. Pero también es una forma de coquetería porque..., finalmente, la vocación más importante, la que nos da la vida, pues, es la escritura. Y lo

otro es como la doble personalidad. Tal vez por eso me gusta tanto la figura del superhéroe y la doble personalidad porque existe esa necesidad de ser siempre el otro».

Al fin y al cabo, escribir es un acto de soledad, pero si eso no se publica, no se comparte. De forma similar a la labor del profesor, sin esta necesidad social no se completa el proceso, los *rites de passage*. Separación, iniciación, retorno...: «Pues, es que ahí es donde viene algo muy fuerte. Mi padre, que era un gran profesor, de pronto se dio cuenta de que ya no podía escribir. Podía haber seguido viviendo mediante la enseñanza, pero lo venció esa soberbia terrible del escritor que es «si yo no escribo, no vivo». No..., hay cosas más fuertes e importantes que escribir. La vida es algo mucho más importante, entregarse a los otros, hacer algo por los otros... viene a ser mucho más importante que el trabajo de escribir. ¿La obligación de un artista es crear una obra maestra? Eso puede ser un solo verso, y no quiere decir que haya que sacrificar a todo lo que está alrededor para lograrlo... Hay tantas cosas que merecen la pena a parte de la escritura que..., si no puede la vida ser igual la escritura, no tiene ningún caso».

Esta nos parece la respuesta más honda. Y nos la da Quirarte sin plantearle pregunta alguna. Resulta difícil comentar algo tras dicha valoración de la vida, sin renunciar a la obra. Vicente Quirarte demuestra la sintaxis y el ritmo que lo caracterizan en consideramos su mejor «poema», *La Invencible*, su ensayo autobiográfico dedicado al padre y profesor Martín Quirarte, que murió voluntariamente en 1980:

El suicida es el mayor de los ególatras, pero también el más justificado: luego de superar todos los miedos encuentra que la existencia es absurda y no reconoce más la mediocre recompensa del diario transcurrir. Cada nueva página es más difícil, y mayores las angustias cuando se piensa que ha llegado el momento de callar (24-25).

A finales de 2015 se celebró un congreso en Puebla donde Quirarte participó como conferenciante. En el turno de preguntas una persona se refirió a él como una «vaca sagrada», es decir, una

figura de primer nivel en el panorama crítico, no solo del país. No lo creemos así; pensamos que Quirarte no ha sido muy leído y trabajado. Todavía. Apenas aparece en los estudios al respecto. Consideramos necesario estudiar a poetas vivos y activos.

En cuanto a las antologías, creemos que aportan más en el estudio previo que en la selección de autores y textos. Hay tantas y tan variadas que llegamos a atender más a los huecos que a las reiteraciones; o sea, nos atraen más las ausencias que las recomendaciones. «Sí... Las antologías son muy durativas, ¿no? No estoy preocupado por ellas. Pienso en la última de Juan Domingo Argüelles. Consultó y estudió..., pero siempre el antologador va a elegir algo que no va con lo que uno piensa que es la poesía... Y así es..., es el gusto del antologador, y es el gusto del público. Por ejemplo, este poema de «Preludio para desnudar a una mujer»..., a mí no me parece que sea un gran poema. Es efectista, a la gente le gusta... Pero es un poema que representa lo que a mí me interesa mucho más. No refleja mis preocupaciones centrales. Es un caso, pues, de cómo el gusto es diferente a lo que uno piensa. Tal vez una de las cosas que me da una gran satisfacción es que yo no apuesto, no pongo todos mis dados a la poesía, aunque la poesía siempre esté allí, y yo tengo un enorme respeto a la poesía de los otros, pero yo nunca estoy pensando en la parte que yo intento sobre la poesía, porque, finalmente, para mí: mi poesía no solamente son mis versos, sino todo lo que la rodea».

La crítica literaria en México es origen de polémicas constantes. Solo unos pocos se dedican a leer y a comentar las obras, sobre todo en la capital de la República. «Desgraciadamente, si uno se pone a pensar en las cátedras que hay sobre poesía en la Facultad de Filosofía y Letras, son mínimas. Por fortuna hay una célula maravillosa, comandada por Israel Ramírez, que está recuperando esa poesía lateral. Asimismo, investigadores como Alejandro Higashi están también trabajando con ellos. Recuperan toda esa herencia oculta de la poesía. ¿Sabe que pasa en la ciudad? ¿En México? Que saca una novela y la novela es una herramienta de comercio. A nadie le importa la poesía. Los malos

novelistas dicen que los poetas no llenamos la página, que no más escribimos chiquito... Pero, un gran narrador debe de ser hermano de la poesía. No está divorciada». Esta idea la comparten muchos narradores, entre los que destaca su colega Gonzalo Celorio, a quien considera poeta.

No podíamos terminar esta entrevista sin preguntarle por el caso que mantiene en desvelo a muchos ciudadanos. ¿Dónde están los 43 de Ayotzinapa? ¿Qué ofrece la poesía al respecto? «Bueno, aquí, yo tengo un punto de vista muy particular. A mí no me gusta que la poesía se monte en la tragedia. Creo que hay mucho protagonismo y mucho oportunismo ante la tragedia. Y eso me molesta profundamente. Yo creo en aquellos textos que en verdad intentan llegar a la raíz... y tratar de desentrañar lo que está pasando en este territorio tan vulnerado; pero, me preocupa esta necesidad de..., pues de hacer, de utilizar la tragedia para hacer grandes poemas. Yo creo que eso no debe ser. Eso es algo que a mí me molesta mucho. Yo creo que a todos nos duele lo que está pasando en Ayotzinapa, pero también me duele que haya este sentido convenenciero de incorporarse al tren de la tragedia».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bonifaz Nuño, Rubén. *Albur de amor*. México, FCE, 1987.
- Gennep, Arnold van. *Les rites de passage*. Chicago, University of Chicago Press, [1909] 1960.
- Quirarte, Vicente. *Razones del samurai (1978-1999)*. México, UNAM, 2000.
- . *Los días del maestro*. México, Conaculta, 2008.
- . *La Invencible*. Granada, Valparaíso Ediciones, 2015.
- Paz, Octavio; Chumacero, Alí; Pacheco, José Emilio; y Aridjis, Homero. *Poesía en movimiento*. México, Siglo XXI, [1966] 2008.